

**“CUANDO EL CLAMOR SE HACE ORACIÓN”**

¡OYE, DIOS MÍO, MI PLEGARIA Y LLEGUE A TI, BAENA, MI CLAMOR!

Porque cuando hay amor sobran las palabras, quédate, Señor, en mi corazón para ser digna de acercarme a tu mensaje redentor. Que tu misericordia infinita ilumine mi espíritu con esa llama de amor viva y tu compasión guíe mi palabra hacia la Verdad.

Porque cuando se ha nacido en la tradición sobra el amor, llena, Baena, mis labios de palabras hermosas para que pueda cantarte como solo tú te mereces y acoge este pregón como regalo de compromiso de esta voz que ahora para ti clama.

Y es que, querido pueblo,

¿quién se atreve a expresar lo que es difícil definir?  
¿Qué poeta consagrado a su pluma en excelso pergamino  
ha detenido su camino, ha fijado su mirada, atento su oído,  
y ha sido capaz de cantar lo que no se puede describir?  
Amigos, ¿para qué pregonar si se ha de fracasar?  
Solo la aventurera lo intenta, usando su torpe palabra,  
midiendo pacientemente su verso, poniendo en ello su magia.  
Yo, con licencia, a esto me atrevo por encargo y con miedo.  
Perdonen, por tanto, mi torpeza, comprendan mis desvelos  
y sepan entender que pregonar es amar y, lo demás, falacias.

Que como quien quiere cantarte y no tiene garganta;  
como quien ve mil detalles y los retiene en su mirada;  
como quien expresarse desea y solo balbuce palabras  
así me siento ahora cuando lo que me llora es el alma.

Por tanto, a vosotros, baenenses de nacimiento y de convencimiento, a los que estáis aquí y a los que ya se fueron, a los que ocupáis altos cargos de responsabilidad y a tantos cofrades comprometidos que mimáis vuestras hermandades, a todos, os hago saber que un año más, nos disponemos a revivir la Muerte y Resurrección del Señor y, una vez más, esta voz pregonera hará suya una herencia compartida. El temblor de sus manos, la sequedad de su boca y el titubeo en su

voz muestran cómo de nuevo este pueblo se hace eco de su pasado. Porque, baenenses, hoy estamos aquí para sentir cómo despiertan nuestras emociones y cómo vibran nuestros corazones, alimentados por un mismo amor. Oigamos su voz: “¡Guillín, guillón!, ¡guillín, guillón!” porque aquí está el latir de Baena.

Canta, pueblo mío, como solo tú sabes; sé tú también pregonero de este clamor. Y que viva la tradición, la del judío y el sayón, que con su hacer veneran cada año la Pasión. Turba blanca, turba negra, llenas de música y color, bailad vuestras baquetas, que se note la emoción que ponéis en esas cajas que acompañan al Señor. ¡Viva nuestra Semana Santa, nuestra tradición y vibre Baena entera con su judío y su sayón! Por eso ya

despierta, pueblo dormido,  
renueva tu son inerte,  
redoblando  
con tambor ennoblecido  
la historia de una cruel muerte,  
traspasando  
del tiempo fiel la frontera  
con lamentos y promesas,  
oraciones,  
que en esta tan dulce espera  
ya están nuestras almas presas  
de emociones.

Que como duermen los niños de blanca inocencia; como espuma que crece y al mar alimenta de colores y voces de marineros cantinela; como cantan los campos al llegar la primavera, así eres tú, mi tierra, cuna de santos, morada de personas buenas que fabricando están cosas tan llenas de ese trabajo diario que miles de manos sujetan.

Que como nana de madre, como tierna mirada, como luna que arde al llegar la madrugada; como viento que mece secas y arrugadas ramas, así eres y serás, tierra de blancos caminos, madre de belleza singular, cuna de baenenses peregrinos que buscándote van para quedarse y seguir viviendo en el recuerdo de lo que tú les das.

Que entre verdes olivares, entre caminos alegres, entre risueños montes, por siempre, Baena, aquí te yergues entre blancos sueños que navegan, largas veredas que serpean, lunas que al atardecer se quiebran y voces que se oyen en la lejanía de tus sierras porque

si tus piedras cantaran igual que los ríos nobles,  
¡qué hermoso caudal de voces!  
Si tus piedras palpitaran igual que los corazones,  
¡qué humano sería tu redoble!  
¡Ay, Baena, tu empedrada Almedina,  
tus paredes blancas, tu castillo gentil,  
conjunto multicolor de indescriptibles sonos,  
latidos de marzo y abril!  
¡Baena, la del eterno tambor, la del judío febril,  
tierra inmaculada y mil veces pregonada  
por voces que se ahogaron en el tiempo,  
por poetas que crecieron con tu aliento;  
si tus piedras hablaran igual que tus tambores rezan  
qué quietud en el corazón, qué piedad en el alma!  
¡Ay, pueblo mío, de nobleza tan alta,  
de fortunas y adversidades, tierra llena de esperanza!

Como la que hoy tengo aquí de ser aceptada, pues me presento ante ti, Baena, como lo que soy: una persona creyente y cofrade desde pequeña en este pueblo tan lleno de respeto a su tradición. Una mujer que con sus propias vivencias, algunas ya olvidadas en el tiempo, ha crecido cobijada bajo la sombra de dos conocidas familias cofrades en diferentes generaciones, Lucena y Pérez, a las que les debo el haber acompañado a San Juan en mi adolescencia y portar hoy con orgullo mi palma cada Domingo de Ramos. En definitiva, no soy sino una baenense de profunda raigambre coliblanca que hoy, ante vosotros, se muestra como una voz ilusionada y llena de responsabilidad que, desde sus más profundos desvelos, intentará pregonar algo que no es suyo, sino nuestro.

Leyenda que me cuentan fue mi abuelo,  
coliblanco y sayón empecinado,  
del que heredó mi padre este legado,  
cuadrillero esculpido en su modelo.

Mi infancia son recuerdos, ya borrosos,  
de liñuelos muy blancos bien trenzados  
y en casco con solera colocados  
con gracia entre unos dedos primorosos.

Imagen en mis sueños, el semblante  
feliz de un orgulloso cuadrillero,  
antiguo en tradición, cuyo sendero  
guiaba su ilusión hacia adelante.

Rumor en mis oídos, un judío  
tozudo en defender la cola blanca  
que, al lado de banderas con voz franca,  
mostraba de su hacer lo más bravío.

De juventud recuerdos jubilosos  
mis ropas de San Juan negras, moradas  
y blancas, con amor acariciadas  
en las noches de Viernes tan gloriosos.

Años hace que al Jueves pertenezco,  
vistiendo un verde y blanco de esperanza  
y, como camarera a libre usanza,  
comprensión siempre hay si desfallezco.

También en su mirada yo me crezco,  
de bendición tan llena y de bonanza,  
portando humilde cruz a semejanza  
de aquel Jesús en quien me fortalezco.

Hoy la Entrada Triunfal de Jesús guía  
e ilumina mi paso por la vida  
con esa tierna palma concebida  
como regalo vivo de alegría.

Estos versos resumen mi trayectoria cofrade pero, sobre todo, evocan un pasado construido con pinceladas sueltas, recuerdos a los que no les he querido poner nombre porque todos conocisteis a mi padre, durante muchos años Cuadrillero de la 1ª de la Cola Blanca, y también algunos de vosotros habréis oído hablar de mi bisabuelo, reorganizador de la Hermandad de San Juan de la Cofradía del Dulce Nombre, o de mi abuelo, Cuadrillero coliblanco y sayón. Simplemente añadiré que me siento orgullosa de su contribución al engrandecimiento de nuestra Semana Santa dentro de la nómina de los que ya se fueron y, en especial, de mi padre, al que tanto le debo porque

“coliblanca” nací bajo el respeto  
que él sentía, inefable, por su cola  
y en su recuerdo aún en mí tremola  
ese linaje que guardo discreto.

Y, ahora que me conoces, Baena, ya puedo ser yo misma y fundirme contigo, con la tradición. Porque como quien despierta, sin saber cuándo, de un invierno triste y helado al son de la voz de un

cielo que brama desesperado; como ser sin movimiento, con paso aún duro y lento, como quien presiente un lamento, ¡ay, Miserere del alma, como penitente mi garganta entona salmos de perdón! ¡Oh, Señor, ten compasión de esta pregonera que ahora canta y que ya entonando viene “Miserere”, “Miserere” para obtener salvación!

Cada Miércoles de Ceniza, al recordar que, como todos, “soy polvo y al polvo regresaré”, pienso en el poder igualatorio de la muerte y en el arrepentimiento como camino a la inmortalidad. Y es entonces cuando, con la señal de la ceniza en mi frente, sé que estoy preparada para portar mi cruz y seguir adelante.

Pero hasta que llegue ese domingo triunfal en que Baena aúne sus voces en un solo palpar, nuestros corazones se irán llenando de la música y el color de los desfiles de esos cofrades que recorrerán nuestras calles para celebrar sus Misereres en los templos porque, allí, saetas y marchas de centurias despertarán sentimientos dormidos. Así, sin darnos apenas cuenta, el judío irá adquiriendo protagonismo y nos hará soñar con esa Baena que acaba de despertar. Y, viéndole pasar, me entristezco al pensar lo efímera que es su figura para un ojo que no comprende lo que ve, para un oído que no saborea esa dulce melodía y para un corazón inerte de tradición.

Y es entonces cuando, al tener ante mí a esos penitentes sin vela, de legendario son, de elegante figura y cortés ademán, me pregunto cómo explicar que desfilan en cuadrillas detrás de un bastón, que van de pasos y fatigas, de cajas y banderas, que escoltan a un Hermano Mayor y en sus cuarteles siembran el amor a la tradición; que asustan a evangelistas que escriben la Pasión y en su baile expresan perfectamente su función; que vendan sus manos cuando sus llagas sangran, que rompen sus baquetas cuando les domina la emoción, que revientan pellejos cuando su talante estalla y que presumen, como el que más, de tener el mejor tambor; que bajan sus celadas al visitar los Sagrarios, que llevan en sus chaquetas bordadas la Pasión, que en el color de sus plumeros, tatuados sus ánimos, y en su frente portan el orgullo de la tradición.

Porque, en verdad, un judío siempre tiene razón cuando se expresa mediante el tambor, dulce melodía de sentimiento, bravura y coraje hechos canción. Pues su sonido jadeante, su armoniosa melodía, dan significado al ambiente en una turba enloquecida. Judío arrogante, judío jubiloso, la turba por delante, atrás un silencio espacioso. Uno canta, otro llora, aquel ríe, tronar incesante de verdadero amor aprendido en la cuna que es su linaje. Y sigue su camino, paso a paso, sin cansarse, bajo un cielo que le mima, asombrado y expectante.

Mimo con el que yo recuerdo a ese judío, mi padre, siempre al frente de la Primera y alimentado por un profundo amor a nuestra tradición. En su bastón, al igual que en el de tantos Cuadrilleros baenenses, aún queda su savia, esa experiencia que no está escrita pero que sigue latiendo cada Semana Santa en el fragor de la turba y en el corazón de los que le conocimos. Porque

sueña la tradición en los cantares  
de esta tierra bañada de nobleza  
y, al calor de una turba, su grandeza  
impresa queda en hombres singulares,

Cuadrilleros que guardan tradiciones  
blandiendo su bastón en la esperanza  
de que ese amor se torne en enseñanza  
que florezca en futuros corazones.

Finalmente, quisiera destacar unos días en los que los nervios afloran. Porque ¡qué emoción más profunda para una familia cofrade el sacar la ropa y mirarla detenidamente, por si quedan en ella restos de cera o algún fortuito entuerto que remediar, para después acariciarla planchándola, en un intento de actualizar antiguos recuerdos! Pero, cuando nos volvemos más baenenses, si cabe, es trenzando y destrenzando cola, abillantando cascos, corazas e instrumentos y apretando tambores, para nosotros, ritual aprendido en el seno familiar.

¡Y qué no decir de esos trabajos que se practican en los templos subiendo andas, colocando palios, jarrones y faroles, limpiándolo todo para que brille tanto o más que el año anterior y vistiendo a nuestros titulares en espera del adorno floral! Son tantas las manos y las buenas voluntades que, entre todas, quisiera rendir homenaje a las camareras por la enorme responsabilidad que supone su trabajo, así como a los vestidos de labor callada.

Plisando unos encajes fabulosos,  
ofrendas de oración entre alfileres,  
los dedos aprendieron sus quehaceres  
a base de mirar rostros hermosos.

Y, ocultas a los ojos de curiosos,  
mimando todo el año sus enseres,  
con celo y con tesón estas mujeres  
nos muestran sus desvelos amorosos.

Camareras, ¡benditas vuestras manos,  
misterioso pregón de virtuosismo,  
en excelsas imágenes mostrado!

Seguid con ilusión y narcisismo  
labrando sentimientos tan cristianos,  
reliquias del amor más entregado.

Ilusión con la que cada Lunes Santo llevo a Santa Marina para, entre alfileres y olvidándome del tiempo, pedirle a San Juan por los que ya no están aquí. Y es ante la dulzura de su mirada cuando

siento en mis torpes manos el latido  
de un corazón sereno que dialoga  
con esa imagen que por él aboga,  
dejando en silencio su amor prendido.

Porque, para mí, ser camarera es poner devoción en mis manos y, acordándome de los que quiero, mecer una oración en mis labios.

Ya en Martes Santo, no puedo olvidarme de otra gran tradición, la de “echar las cajas”, de cuya emoción yo no puedo hablar pero sí interpretar cómo vive un judío el hecho de reunirse con su familia y amigos y vagar sin rumbo fijo dejando su alma en libertad, simplemente, porque le oigo pasar y su tambor suena a felicidad. Imagino entonces a cualquiera de esos judíos dirigiéndose a la Almedina y pienso:

“Figura que en la noche te estremeces  
oculta en la Almedina nobiliaria,  
vía crucis de huella milenaria,  
rugiendo en el ardor en que te meces.

Figura que en la noche resplandesces  
saliendo de la vida rutinaria  
y, tomando el tambor como plegaria,  
te olvidas de tu “yo”, lo desvaneces.

Judío, de este pueblo alma bendita,  
sigue tu caminar lento y seguro,  
olvida en cada son toda tu pena

y muestra en ese amor tan libre y puro  
toda esa tradición que no está escrita;  
recuerda que eres hijo de Baena”.

¡HOSANNA! ¡ALELUYA!

*Salta de alegría, Sión, lanza gritos de júbilo, Jerusalén, porque se acerca tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en un joven borriquillo (Zac 9,9). Aquel día, saliendo Jesús*

de Betania con todos sus discípulos, a Jerusalén se encamina para que todo sea cumplido. Y esa hora amarga empieza a enloquecerle porque, como hombre, teme la sentencia inminente que su propio pueblo le tendrá preparada después de prenderle.

Mientras, aquí, cuando el sol ya acaricia la bella Almedina, José despierta al niño para ponerle sus “arreos” de judío. El crío bosteza, tiene sueño y mira perplejo ese pequeño tambor y aquellos liñuelitos de cola en su casco de cartón. ¡Vamos, hijo, que las campanas están tocando! ¿No las oyes? El niño aguanta la prisa y, desayunando torpe, agarra su tambor y con toda su ilusión lanza su primer redoble. ¡Ese es mi chico! –grita eufórico el padre. ¡El mejor judío! Y, atravesando la puerta con paso alegre, ese inocente niño ya formará parte de la turba de ese Cristo de aleluyas y palmas que, bajando de la Almedina, nos anunciará a todos su amor.

Y con mantos extendidos, entre vítores y aplausos, a lo largo del camino con palmas y cantos, subido a un pollino Jesús alegre viene a consumir su Calvario. Recíbele con amor, pueblo mío, espéralo en la Puerta del Ángel y entra a rezarle en el templo en esta mañana radiante. Y los hijos de Baena, llevando ramitos de olivo, salen al encuentro del Señor aclamándole como al Hijo de David bendito. Unámonos a ellos cantando al triunfador de la muerte porque

alegres sonrisas de inocente encanto  
le abren paso con sus tiernas banderas  
y mil colores unidos en un canto  
aclaman al Jesús de dulce entrega.  
¡Hosanna en el cielo azul,  
alegría para todo el que crea  
que, tras una muerte de cruz,  
renacerá de las cenizas Jesús,  
hosanna en el cielo azul,  
nuestro Jesús de Baena!

Y es que hoy nuestro pueblo no se podría concebir sin un Domingo de Ramos en el que impera la alegría de esos futuros cofrades que jamás olvidarán, cuando el tiempo pase, que un día aclamaron al Señor de la Entrada Triunfal, al Jesús de la Borriquita.

Partitura infantil de melodiosa sinfonía, orquesta al compás de tanto “tronío”, cada uno al suyo, cual fiero gentío, que acompaña al Maestro en su agonía de amor incesante, en bondad sencillo. ¡Niños de Baena, acudid al clamor, que vuestro cántico sea la voz inocente que pregona que ya está aquí el Señor de la Gloria, Aquel que reparte amor! Y bajad la cuesta alegres con el tintineo en la garganta, que campanillas son vuestras voces, celestiales carcajadas, que rasgan el dolor de una Pasión hiriente que ese Cristo ve cercana. Aclamadle, niños, al toque de trompetas, al chillar de

las baquetas y al roce de túnicas planchadas cuando le veáis llegar triunfante cual Hijo que a su pueblo salva.

Finalmente, a mí, uniéndome a la Cofradía de la eterna sonrisa y de la inocencia en la mirada, cada año me emociona subir la cuesta con la mente en calma y, portando una bendita palma, acompañar al Señor, clavarme en su mirada, ver a esa multitud de hebreos agitando con tanta gracia tiernos ramitos de olivo con sus manitas alzadas y sentir el aire que canta aleluyas y hosannas, después del tañer de tan alegres campanas, porque toda esa euforia me hace ser más cofrade en esta santa semana.

Dios-Hombre en este mundo de amargura,  
cargado de miseria y pesadumbre,  
que miras a tus hijos con ternura.

Salvador que, triunfante y victorioso,  
de Betania saliendo entre el gentío  
aceptaste un final tan doloroso.

Maestro de milagros y enseñanzas,  
de Santa María del Amor Hijo,  
acoge nuestros cantos y alabanzas.

Redentor de ramitos y palmeras,  
de salmos, de aleluyas y de hosannas,  
bendice estas voces pregoneras.

Y quédate en Baena que te aclama  
en este bello día de alegría  
porque eres Tú la Luz que al mundo inflama.

### ORACIÓN EN EL HUERTO

*“Andábamos todos errantes como ovejas, cada cual por su camino, y el Señor cargó sobre Él todas nuestras culpas” (Is 53,6).* Jesús, que era consciente de ser el Justo rechazado por los pecadores, sabía que sería vendido por uno de los suyos. Por eso, al atardecer de cada Miércoles Santo, y según la profecía, Judas resucita del olvido para guiar a la turba ante ese Jesús que, rodeado de inmaculados encajes, almidones del cielo, reza en el Huerto.

¡Ay, si tú pudieras, Baena, defenderle; cerrar el paso a esa turba que fiera viene con cajas y banderas a preparar su muerte, mientras el sol hiriente cerrando va sus ojos para sentirse inocente de un prendimiento tan infame en noche tan doliente!

¡Ay, si tú quisieras, pueblo mío, esconderle; que bajarán por Él a escondidas para que no se vea, para que no se alborote el pueblo, que nadie culpable se sienta y allí, entre dos luces, una música cálida y serena, la más noble saeta, acunará un dulce griterío mientras San Diego, impaciente, subiendo viene la cuesta cual pregonero de otras pasiones que siempre poblarán la tierra!

De humildad y pobreza vestido, ciñendo simple hábito de monje y con esa caridad en tus manos que vienen cubiertas de flores, como ave precursora, San Diego, que nadie borre jamás de aquí tu nombre porque el primero debes ser, el primero, cruz y guía de toda esta comitiva de tan singulares tañedores.

De Alcalá santo fraile franciscano,  
en pobreza ermitaño y misionero  
en islas lejanas, cual mensajero  
de la bondad de Dios como cristiano.

Santo por los milagros, que en tu mano  
los panes rosas son de jardinero,  
caridad verdadera de portero  
que en la miseria ayudas a tu hermano.

Patrón canonizado por tu valía,  
incorrupto en un cuerpo milagroso  
que a poetas inspira cortesía.

De San Nicolás monje más glorioso,  
paso abres a esta bella Cofradía  
orando tú con ella en Huerto hermoso.

Y, al avanzar la tarde, asomada a su reja, una niña contempla la multicolor algarabía e impacientándose grita: “¡Ahí vienen, madre, caminito arriba!” Olor a traición en las calles y en los corazones tradición viva.

Romanos, que orden ponéis para que nadie se exalte, que el silencio rompéis de esta santa oración y que custodiáis a un reo inocente que se entrega por amor, desplegad vuestras capas de verde olivo y roja sangre; abrid con vuestras marchas serenas el corazón de esta Baena que ve con

amarga pena cómo se llevan al de aquel Huerto Señor y pregonad a golpe de trompetas el comienzo de su Pasión.

Y vosotros, apóstoles, que precedéis al Maestro, portando cada cual su atributo en acto de amor, no le abandonéis en su camino que en llave, espada, báculo, lanza o cáliz pregonáis el Evangelio vivo tal como Él os enseñó.

Poco a poco, la noche crece con amargo caminar y, en un balcón cualquiera, la abuela abraza a la niña en medio del clamor; en la lejanía de sus ojos recuerda a su primer amor, aquel de apretado pañuelo y de enjuto corazón que la rondaba noche y día bajo su florido balcón y que hoy apenas puede caminar sin su bastón. Y, mientras la turba le susurra un recuerdo con su acompasado son, la niña aprieta su mano, arrugada de dolor. La anciana entonces la mira y, el sufrimiento ocultando, asoma su débil cuerpo por la reja porque, como esperanza nueva, pasa Jesús orando.

Y un olivo se ha escondido entre “trajecillos blancos” al llegar al antiguo Coso para proteger a ese Cristo que pide clemencia a su Padre entre callados lamentos. Y así pasará un momento porque, tras un farolillo travieso, de pronto aparece una turba de coliblanco inquietos que al unísono grita fuerte: “¡Ahí está el reo!” El olivo está triste, el aire yerto, la noche estrellada y el Maestro preso. El Coso llora, ahogando el sufrimiento, y el olivo se desmaya de remordimiento. ¡Nazareno que vienes traicionado por tu pueblo!

Y decidme quién. ¿Quién ha vendido a Jesús? ¿Has sido tú, que te escondes? Que se pregone tu vileza para que, aunque perdón imploras, no haya quien tu dolor venza ni calme jamás tus temores, pues es el recuerdo de esta venta a traición lo que Baena guarda por tradición del tiempo en sus albores. ¿Y quién ha buscado a Jesús? ¿Has sido tú, que corres? Cumple tu tarea de encontrar entre la plebe a ese Jesús inocente que callado espera a que la turba le entregue para asumir su condena. ¿Y quién ha prendido a Jesús? ¿Has sido tú, que le acechas? No, en verdad, hemos sido todos porque *“sin defensa ni justicia se lo llevaron y nadie se preocupó de su suerte”* (Is 53, 8).

Por eso, ¡evangelista, que escribes con cuidado, con recelo, este Nuevo Evangelio que llevará tu nombre! ¡Evangelista, que redactas a escondidas, con miedo, este fiel testimonio por el que Dios salva al hombre! ¡Que tu temor cese, que no te asuste el judío, que tus manos sean ligeras, sincera tu mente, que tus pies sepan correr cuando la turba impaciente te aprisione en alaridos que huelen a muerte!

Finalmente, en ese último diálogo con su Padre Jesús acepta morir por nosotros en el Huerto de los Olivos. Y yo, uniéndome a la tristeza de esos “trajecillos blancos” que le arropan, al observar la sangre que perla su frente, las espigas en sus manos suplicantes y su mirada de paz sólo puedo confesar que

siento pasar la vida en un suspiro  
de aquel preso inocente que clamaba  
y entre verdes olivos se aferraba  
de un ángel al consuelo en su retiro.

Veo sudor y sangre a donde miro,  
latir de un corazón que tanto amaba,  
traición alrededor que no velaba  
de su Señor la suerte en otro giro.

“Trajecillos” que estáis en ese Huerto,  
antesala de un juicio maquinado,  
escoltad a ese Cristo con su pena.

Con amor escondedlo que, apresado  
sin piedad, no podría verle muerto  
entre ese hostil gentío que condena.

Porque detrás, unas turbas portentosas, poblando las oscuras calles, ya subiendo, ya bajando, judíos redoblantes, colinegros, coliblanco, con risueño semblante le van trenzando una corona de dolor, entre baquetas y tambor, al Cristo que obediente acata la voluntad de su Padre. Y es tal la euforia que un judío ha perdido una baqueta, dejando a medias su clamor. Con celo la busca por la acera, incluso implora compasión. ¡Dadme mi baqueta vieja, que triste está mi tambor! ¡Encontradla, lisonjera, para que no se apague mi voz! Y, agachándose, un niño se la entrega imponiéndole una sola condición: que nunca su música nazarena deje de acariciar la ilusión de todos los paisanos de Baena cuya música lejana es amor y esperanza nueva encadenada en nuevo son. Que, cuando un judío pierde una baqueta, muere parte de su otro “yo”.

Y en mi recuerdo, una mano inquieta pasea la turba, hoy solitaria, antaño poderosa. Entre sus dedos de marfil fuerte cetro de armonía silenciosa dirige, nota a nota, un quejido febril; mano muerta, mano rota, llena de tradición y gloria tras una bandera carmesí.

Y más atrás en mis recuerdos, ¡cruza tu lanza, sayón, como solo tú sabes, con hidalguía; que tu caja “destemplá” marque el compás del dolor de esos Cristos, que en su agonía, nos miran con tanto perdón y que nadie cuestione tu valía, cruza tu lanza, sayón!

Que escolta también eres de ese Cristo que ya acunado viene por el ronco tambor de sus pasionales “beregénos”, apaleado en sus carnes, paciente en su mirada y callado hasta la muerte porque Jesús *“no gritará, no alzaré la voz,(...) no romperé la caña cascada ni apagaré la mecha que*

*se extingue. Proclamará fielmente la salvación, y no desfallecerá ni desmayará hasta implantarla en la tierra” (Is 42, 2-4).*

Y ya desde mi balcón oigo las risas de Camacho y Galindo, el latir de sus fríos corazones mofándose del Cristo a cada golpe de látigo y rezo toda una letanía de perdones cuando, deteniéndose ante mí, le observo.

Entornados tus ojos, macilento,  
roto tu cuerpo a golpes descarnados,  
flagelo de “azotantes” despiadados,  
ciñéndose al compás de un ritmo lento.

Seca tu boca en un último aliento,  
suspiros de perdón acompasados,  
y a la espalda tus brazos amarrados,  
amor de una Pasión sin fundamento.

Calmad su sufrimiento, beregenos,  
de cárdeno tambor cuyo sonido,  
frío como el dolor que le estremece,

ronco como su cuerpo malherido,  
poblando va la tierra de venenos  
en iracunda noche que entristece.

Noche de confusión en la que el pueblo exigirá su muerte y unas manos infantiles, cual ángeles que profetizan la Pasión, nos anunciarán las últimas palabras de Jesús en la Cruz. Que ya caminando viene ese Cristo en su plena majestad mientras Pilato lee su sentencia por blasfemia. Jesús ha afirmado ser el Mesías, Hijo de Dios, y Rey de los judíos. Sin defensa ya posible, *“como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca” (Is 53, 7).*

¿Y quién de vosotros, baenenses, ha osado coronarle de espinas, escupirle de mofa, nombrándolo “rey”, abofetearle, abusando de su poder, y poner ese manto púrpura en su espalda bendita? Y decidme quién, a sangre fría, será el primero en gritar: “¡crucifícale!”, viendo en su mirada esa bondad divina.

En los oídos de sus hermanos retumba la sentencia pronunciada y, con amor de madre, le mecen al compás de unos de pies que se arrastran, se revuelven, se balancean, metáfora del bullicio que presenciara Pilato cuando tuvo que condenarlo, abandonándolo a su suerte. Y, al pasar a mi lado, siento de un anciano este profundo lamento y me estremezco.

Ahí llegas, Ecce Homo, con tus manos  
al pecho fuerte atadas sin clemencia,  
triste por tu silencio y por la ausencia  
de los que te siguieron como hermanos.

Te meces, paso lento, entre lejanos  
rumores que esclavizan tu inocencia,  
obediente tu rostro en la sentencia,  
besando la traición de aquellas manos.

Y Pilato te observa, enmudecido,  
mientras la muchedumbre te condena  
escupiendo mortífero veneno.

En tus ojos la luz brilla serena  
mascullando un perdón desvanecido,  
nacido del amor que hay en tu seno.

Pero el Hijo no va solo y, con el eco de los tambores aún en mis oídos, corro para verla a Ella,  
a la Madre bendita que todos tenemos, y observo que

la noche de tristeza languidece,  
celosa como está de su hermosura,  
pues fugaces estrellas, con dulzura,  
un trono son de amor en que se mece.

Y como la veo tan triste, uniéndome a su dolor alzo mis ojos y suplico:

“¡Estrellas, que en el cielo dais cobijo  
al amor de una Virgen bondadosa  
que, siguiendo traición ignominiosa,  
con gesto de dolor detrás de su Hijo

camina bajo manto, escondrijo  
de maternos recuerdos de esa “Rosa”  
que en su vientre el Señor plantó donosa,  
signo de redención cual se predijo,

acariciad su llanto franciscano,  
besad sus manos llenas de belleza  
y acunadla en dolor tan inhumano!

Que se ahogue su lamento en la entereza  
de este pueblo que la sigue cercano,  
del traidor olvidando la vileza”.

## EUCARISTÍA Y AMOR

El Jueves Santo adquiere aquí una singular relevancia por ser el día del Amor Fraterno, materializado en la Ofrenda al Judío, Confesiones, Oficios y visita a los Sagrarios, en el que Baena, siguiendo la tradición, prenderá a ese Jesús de blanca túnica.

Tantos son los actos que se suceden a lo largo del día que, a veces, mi alma queda enmudecida por una especie de profundo vértigo a través de recuerdos, instantáneas que solo hoy cobran vida y me hacen sentir más humana y más hija.

Un bastón ha quedado entre sus dedos  
dormido para siempre en la distancia,  
recuerdo del judío que en mi infancia  
luchaba con ardor en sus enredos.

A la Soledad abriendo camino,  
de Guadalupe en los Santos Oficios,  
lugar que él ocupaba en sus inicios,  
frente al altar sentado le imagino.

Al lado de banderas, orgulloso,  
luciendo aquella cola y con su puro,  
o en la turba, sintiéndose seguro,  
le guardo en mi recuerdo silencioso.

*“Os doy un mandamiento nuevo: Amaos los unos a los otros” (Jn 13, 34).* Amanece Baena alegre a golpe de tambor errante que, poco a poco, va fundiendo su particular canto en un solo palpitar, atronador, cuando el Cuadrillero deposite ese ramo de sentidas flores ante el “judío sin color, anónimo”, ese que cada año en todas las familias se echa tanto de menos en estos días. Sus palabras, entrecortadas por la emoción y el recuerdo, no son sino germen del amor al prójimo (padre, abuelo, hermano, amigo) cuyo tambor ha dejado de sonar melodioso pero no su eco, que sigue latiendo en el corazón de sus seres queridos.

Al Ángelus, en dos templos de nuestro pueblo tendrán lugar las "Confesiones". La turba negra acudirá a San Francisco en cuyo patio se concentrarán la amistad y la tradición. En el lado opuesto, los cofrades de Santa Marina irán a la Iglesia Mayor en el más profundo recogimiento para renovar su fe.

*"Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come de este pan vivirá siempre. Y el pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo" (Jn 6, 51).* Al atardecer, Baena se prepara de variopinta forma para salir en busca del Cristo vivo hecho Eucaristía. Y unos lo harán asistiendo a los Oficios y, otros, visitando los Sagrarios en el desfile de Estaciones. Aquí Baena se funde en un solo corazón para, en esa Última Cena, asistir a la institución de la Eucaristía y al lavatorio de pies en el que Jesús nos da una verdadera lección de humildad.

Únete, Baena, a este bello clamor; ama, siente, perdona y toca perenne tu tambor, signo de tradición, puro evangelio, para que en Ofrenda, Confesiones, Oficios, Lavatorios y Estaciones, de este bello pueblo en todos sus rincones, nadie se quede sin las bendiciones de Aquel que por nosotros se entregó.

## PRENDIMIENTO

*"Hiere al pastor, y se dispersarán las ovejas" (Zac 13, 7).* Jesús sabía que debería afrontar su sacrificio en la más completa soledad pero, en Baena, al Señor del Prendimiento nadie la abandonará porque Juan Ocaña se convierte en todo un vía crucis de judíos, romanos, sayones, cebolletas, cofrades y pueblo en general en espera de que ese Jesús, que nos bendice, sea prendido.

Y mi alma se encoge al oír el bullicio de pisadas ansiosas, respiraciones contenidas y esa música que sentencia al Señor, unidas al cálido viento que susurra desde lo más profundo de esas estrechas calles y que, al acariciar mi rostro, me transporta a otros tiempos, justo al abrirse el portón de Santa Marina.

Romanos poderosos que lleváis a un Cristo inocente, resuenen vuestras cornetas al son cadente del que viene regalando la vida eterna con su muerte. Romanos marciales que con paso firme, de cárdeno color vestidos, vais sembrando el miedo en las calles. Centuria Romana del Pueblo Romano, con lágrimas y cirios el pueblo le está rezando a este Jesús que humilde consiente, paso a paso, su Calvario. Romanos de brillantes corazas al reflejo de la luna, miradas penetrantes de dulce locura que escolta dais a ese Preso vestido de blanco en noche tan oscura.

Mientras, la Almedina ha adormecido ya sus voces, dejando paso al misterio del que cómplices son la luna y las torres de ese castillo viejo. Y yo, que en esa triste despedida me conmuevo, al memorizar cada una de esas ofrendas, repito en silencio: "Cruz, escalera, báculo,

palma, cáliz, lanza, cuchillo, espada, hacha, sierra, porra". ¡Qué bellos regalos de alguien que ha creído y también dará su vida por amor! Pues con estos atributos y un fraternal abrazo,

llorando amargamente y sin sentido,  
del Maestro sus fieles seguidores  
ordenados en fila se despiden

cuando saliendo Judas del olvido,  
abriéndose camino entre tambores,  
enciende ese farol como le piden.

Y tú, aprieta tu baile, sayón, que vas en persecución de ese Judas que te guía, te confunde y a prender al Señor te invita. Tú, que a golpe de bastón, marcando tan singular sinfonía, enmudeces al gentío que entre ahogados lamentos suspira: "¡Corre a prenderle, sayón!" Porque ya

el rosario de luces se ha apagado  
y en aquella calleja legendaria,  
que abrigo da a una turba centenaria,  
un nuevo prendimiento ha comenzado.

El gentío un momento se ha callado,  
participe de injusticia temeraria,  
cuando un sayón, siguiendo luminaria,  
encuentra a ese Jesús que es entregado.

Las banderas se agitan en su nombre,  
el tambor, preparado, se estremece,  
los apóstoles lloran ya su suerte.

Y cual enjambre humano que enloquece  
va la turba corriendo hacia aquel Hombre  
que, aunque paciente, ve clara su muerte.

Y vosotros, coliblanco, que de la noche hacéis con vuestras penas esta bella cantinela, mirad en vuestros corazones y decidme qué veis: si son los temblores de vuestras manos inquietas los suspiros que al aire lanzan clamores o son vuestros redobles insistentes lágrimas que vociferan perdones. Judíos de fuertes baquetas, de cordeles reventones, de apretados parches y cuidados chillones, de rojas chaquetas, de singulares plumeros, de relucientes cascos con cuidadas cabelleras, en el corazón os llevo y en sueño os acaricio porque símbolo sois de mi tierra.

Y yo, con el ánimo aún estremecido, al bajar de la Almedina creo escuchar el eco de este profundo lamento: “Presa está mi alma de tu dolor, Nazareno, rota mi garganta por el llanto, ¡qué pena siento al verte así, maniatado, triste, humillado! Presa está de angustia mi voz, Nazareno, y tu perdón en mis labios, que buscan una respuesta de fe que me demuestre en qué te he fallado que ya no me miras, que ya me has olvidado, caminito abajo, que vas preso y serás crucificado y yo qué, dime qué hago si presa está mi pena de tu Pasión, Nazareno, si tus manos, tan inocentes de pecado, envueltas en sogas crueles, ya me han abandonado”. La Almedina así llorando ve alejarse en silencio a su Cristo entre luceros amargos. Lamento al que yo me uno al ver que

atadas van sus manos salvadoras  
con la soga que al hombre ató al pecado  
abrazando en cada nudo apretado  
el amor que las hizo servidoras.

¡Ay, Baena, Baena, la de esa bella Almedina bajo una luna que se quiebra! ¡Ay, pueblo mío, Baena, la que ha prendido al Señor, la que ha presenciado su pena, acunado su dolor, entre cántico y clamor, entre música y color, Baena, de cofrades sementera!

El Señor del Prendimiento va caminando lentamente, y ya apenas se distingue la blancura de su túnica, cuando observo cómo unos niños leen las cartelas que, a modo de alegoría, unas cofrades de San Pedro en su pecho llevan. Y, como a golpe de martillo, cada una de las virtudes pronunciadas va perfilando en mi mente el boceto de esos apóstoles, primeros pregoneros del Evangelio, cuyo modelo más palpable fue su Maestro porque Él tuvo Fe; Él nos dio Esperanza; practicó con todos la Caridad; Él, Justo entre los justos, luchó por la Justicia; también fue Prudente al callar en su sentencia; nos demostró que la Fortaleza de ánimo vence todos nuestros temores y, finalmente, con Templanza nos enseñó el camino recto a seguir.

Jesús le dijo: *“Te aseguro, Pedro, que antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces”* (Jn 13, 38). Y esto se cumple ahora en el paso del arrepentimiento cuando San Pedro es sometido a un interrogatorio paralelo al del Maestro. ¿Qué me preguntas tú, mujer ociosa? ¿Por qué me miras tú, pobre anciano harapiento? No. Nunca le han visto mis ojos ni sé de qué habla su boca. No. Jamás he compartido con Él camino ni he sido testigo de sus obras. No. Tampoco soy su discípulo ni conozco al que mencionas. ¿Qué triste eco escucho que me delata en la sombra?

Asomado al umbral de aquel palacio,  
escucha un rumor que le envenena  
y, pensando en aquella Última Cena,  
al gallo oye cantar como prefacio.

¡Ay, cruel gallo, que has despertado mi cobardía,  
cumplida sentencia de una triste profecía  
en este frío patio, adornado de vigias,  
vocerío de acusaciones de una multitud enaltecida!

¿Por qué le he negado yo, pescador, a Él, mi Salvador? Yo, que soy su piedra; en mí, que siempre confié. ¿Quién ha puesto la traición en mis labios? Así, llorando amargamente, corre San Pedro en busca del perdón, que es ahora su calvario.

Avanza la noche y en un balcón engalanado una anciana llora; de sus manos ha caído el clavel de la esperanza rota. ¿Qué ocultas buena mujer? ¿Por qué te sonrojas al paso de este trono de flores tan hermosas? Jesús, por un momento, la ha mirado y ella en pie, con un ¡viva! en el alma colmada de fe, le ha musitado algo, un capricho tal vez, una promesa del pasado, un marido enterrado o un hijo al que apenas ve. En un balcón cualquiera, ¡cuántas voces serenas, que nunca escuchamos, atraviesan los corazones de esos Cristos a los que tanto amamos! Y es que, un año más Baena se hace portavoz de penas, de aleluyas y quimeras, de ¡vivas! y clamores que, cual divinos resplandores, ciegan nuestros ojos de lágrimas sinceras y colman nuestras glorias al sonido de tambores.

Brille la noche ante el paso del Señor de la Humildad, ese Jesús que personificó la paciencia hasta el final y ahora, escoltado por sayones, viene con una mano en su mejilla y la serenidad en su mirada. Vibre Baena con el ronco acompañar de esos tambores, sus cebolletas, cuyos quejidos van teñidos del verde de nuestra esperanza y del blanco de su inocencia. Rézale, pueblo mío, cuando le veas caminar sentado desde su trono en las alturas, mecido por sus hermanos que le ayudan y cántale como yo ahora hago para consolarle en su soledad.

En humildad de espinas coronado  
soportas la maldad con gran paciencia  
pues nadie te ayudó en tu inocencia  
y sabes que serás crucificado.

Pensativo en tu trono y humillado,  
aceptas sin dolor esta sentencia;  
tus discípulos corren por prudencia  
y tú aquí en obediencia y despreciado.

Cebolletas que amáis a este divino  
Señor tan triste y lleno de esperanza  
y con ronco tambor le alzáis en vuelo,

que vuestro son alegre en la templanza,  
cual aleluya viva en el camino,  
disipe en el clamor su desconsuelo.

Porque he aquí Jesús con el leño de la Cruz de la que pende la salud del mundo. Conmuévete, Baena, conmigo ante este Cristo que entiende su aceptación de la Cruz como obediencia al Padre. Una Cruz que, de instrumento de castigo, se transforma en símbolo de esperanza y vida nueva. Una Cruz que, haciendo ahora mía, te observa serena.

Tu pie, apenas rozando el frío suelo,  
sostiene humillación tan enojosa  
que, hasta la Cruz que llevas portentosa,  
te abraza fuertemente de consuelo.

Y tu mano aferrándose con celo  
al signo redentor, majestuosa,  
por ser la Vera Cruz donde reposa  
oculta tu Pasión tras blanco velo.

Caminas bendiciendo penitente  
a esas pesadas cruces que te siguen  
con el alma impregnada de ternura.

Y entre plegarias que el favor consiguen,  
derramando milagros lentamente,  
nos muestras que en tu amor todo se cura.

Y Jesús abraza la Cruz de todos nuestros pecados mientras a lo lejos suena una melodía tibia y lenta, cálida en su amor, monótona en su pena, quejidos humildes de dolor. Y una mirada se ha perdido buscando por los balcones esa sed de perdón de tan tristes sonos que cántico a una imagen son, del pueblo sus clamores. La saeta ha expirado con el paso lento y largo de unos cargadores que rezan al apagarse su voz. Y a lo lejos, tras una queja amorosa, una débil nota melodiosa pone fin al clamor.

Pero mi clamor es otro, otra mi saeta, porque ¡ay, Jesús, si yo garganta tuviera, así me gustaría consolarte cuando te sigo bajando la cuesta! “No puedes, aunque lo intentas, arrastrar el frío madero por una Almedina que grita tu nombre, ¡Nazareno! Y qué bueno eres Tú, Cristo de la Vera Cruz, al cargar en tu hombro toda nuestra ingratitud, pues sencilla es tu alma, como humilde tu sed, sed de amor en una calma que ahora desprende hiel. ¡Nazareno! ¡Tu madero! Caminito abajo, con tus penas, dejando vas una estela de voces en el silencio. Y un San Juan te persigue en la lejanía de

su esperanza por temor a que se desligue tu dolor en la distancia. ¡Nazareno! ¡Sin madero! ¡Que tu Cruz está en mi alma!”

Y vedla ahí, bajo palio inmaculado, sus manos abiertas al mundo; y vedle a Él, acariciando su pena, con sus ojos castaños de mirar tan profundo. Esperanza derraman sus lágrimas, encerando un camino de espinas clavadas en su corona; desconsuelo dibuja su palma, abriendo un camino doliente entre claveles y rosas. San Juan y su Esperanza aprietan el paso entre una multitud que atraviesa con punzante vocerío sus corazones.

¡Qué difícil es para mí, San Juan, expresar lo que siento cuando te veo caminar entre la gente! Bajar la cuesta sereno y acompañar a ese Cristo Nazareno para despedirte luego de esa Madre que, con sus lágrimas, contagia esperanza. Es, pues, la emoción contenida lo que aquí te ofrezco en estas sencillas palabras:

“En tus ojos, reflejo del Calvario,  
todo el clamor del mundo se acrecienta  
al mirar a ese Cristo que apacienta  
tu amor en dulce espíritu unitario.

En tu mano sujetas un sudario  
blanco cual la inocencia en que se asienta  
tu pena, de justicia tan sedienta  
que el dolor es ahora tu santuario.

Con tu palma siguiendo su camino,  
lleno de ardiente cera y de incienso,  
escribes Evangelio consumado.

Tú, San Juan, del Señor hoy peregrino,  
heredero de un reino tan inmenso  
y apoyo de María más sagrado”.

Y subiendo la cuesta de vuelta al templo acompañando a San Juan, al mirar atrás, siento que la noche más se oscurece y, por una calleja que serpea, la luna de remordimiento desaparece mientras Baena se recrea en esa bella Virgen que pasea un dolor que por momentos crece. Y ahí está Ella, la Gloriosa buena, majestuosa, resplandeciente, de Esperanza llena, tendiéndonos con amor impaciente de favores una estrecha cadena en esta noche tan hiriente. ¡Ay, blanca azucena, la más dulce entre las flores, de una Almedina entera que, al gritar, reza tu nombre mientras San Juan espera para que sola no llores, que la esperanza que llevas, unida a tus dolores, de Santa Marina te corona Reina, entre ¡vivas! y tambores!

Esperanza que llenas nuestras vidas  
del calor de ese cielo inmaculado  
aliviando el dolor de las heridas,  
espinas que el destino ha preparado.

Esperanza que beso cada día,  
amanecer de miedo y sinsabores,  
porque eres el apoyo a mis temores,  
la mano que me empuja y que me guía.

### ¡PERDÓN!

*“Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere nobis”*. El silencio por la calle se ha esparcido, acumulando multitud de sentimientos, y solo un eco acompasado de rumores se deja oír lejano y lento. Las cadenas son clamores, el peso de la cruz, remordimientos, el rezo de letanías, pecados que, sin sentir, se lleva el viento. Y, en tanto, un Cristo aparece con sus ojos cubiertos de perdón y soledad, de mortal desvanecimiento que, en sus carnes lacerado, nos perdona apenas muerto. ¡Silencio!

Y entre el murmullo de la muchedumbre apretada, por entre tinieblas trasnochadas, en una oscura noche de amor un son enlutado se percibe a lo lejos, tan profundo, tan callado.... y un farol de tibia luz alumbra a este Jesús, tan silencioso y resignado...Y, pisada tras pisada, arrastrando sus cadenas, sombras enlutadas de mirada gigantesca le van abriendo paso en su caminar hacia el Calvario por las calles que serpean y la noche que le acuna y el pueblo que le reza, siguiéndole, escoltándole, para que nunca amanezca.

Ya la luna se va alejando cuando los penitentes dejan al Cristo en el templo. Al quitarse los verdugos, la mayoría siente tristeza pero alguien, que ha quedado en un rincón, así le reza: “Una cruz he dejado en la iglesia, negra y áspera, penitencia de amor, mi angustia y su lástima, porque he subido a la Almedina, a esta antigua atalaya, para dejar mi dolor. Un vía crucis he seguido por entre callejas largas, detrás de un tambor de inerte son, para rezarle a ese Cristo macilento mis penas amargas, Santo Cristo del Perdón”.

Y yo, al mirar a ese Crucificado, fundiéndome con la plegaria de aquel hermano, en silencio le digo: “En un puñado de luz, todos tus anhelos y esperanzas son como cuchillos que al viento le cortan sus trenzas amargas. La luz te guía y el viento te calma ese dolor punzante por tantas penas pasadas. ¡Cómo duele el corazón! ¡Cómo sangran las llagas! Pero Tú, callas. En un conato de alegría, tus manos se alzan como veletas que al cielo hiriendo sus nubes desgarran. ¡Cómo quema el

amor! ¡Cómo perdonan las lágrimas! Y mientras, Tú, simplemente aguantas porque el dolor se disipa cuando el silencio exalta más amor y más perdón en esta santa madrugada”.

### CAMINO AL CALVARIO

“*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*”. En esta noche santa, estando Jesús en la calle, Baena no duerme porque el eco de los tambores que bajan a San Francisco, las pisadas de los cientos de penitentes que aligeran el paso para llegar a sus destinos y el insomnio propio de la ansiedad, hacen que todos, cada cual a su manera, vivamos con intensidad estas horas de espera antes de que amanezca.

¡Ay, luna, que alboreas sedentaria,  
oculta en las tinieblas vespertinas,  
sin saber que eres la luz que iluminas  
del Calvario el camino solitaria!

¡Ay, santa madrugada de plegaria,  
al calor de unas velas mortecinas,  
al amor de saetas repentinas,  
que del pueblo son la voz emisaria!

¡Ay, Vera Cruz, de amor hereditaria,  
que abriendo calle entre rezos caminas  
con señales de duelo peregrinas  
por ser de su Pasión destinataria.

¡Ay, Centuria, que escoltas legionaria  
a este Cristo coronado de espinas  
pregonando su muerte en las esquinas  
por ser de Roma tropa mercenaria!

Miradle; ahí está el Dios hecho hombre que, camino hacia el Calvario, “*se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz*” (Flp 2, 7-8). Miradle, baenenses, porque allí asoma Aquel que veremos cargar con la Cruz, ser prendido y, a pesar de todo, bendecir a su pueblo.

Pero aún no ha amanecido cuando, a través de un ventanuco viejo en una calle estrecha, una sombra se vislumbra triste, arrugada y macilenta. Es Carmen, la de siempre, la de cada madrugada,

la que sueña, la que vive con una cruz ya muy pesada. ¡Cuántos recuerdos en su mente! ¡Cuántas cosas ya olvidadas pasarán por sus ojos vidriosos y tan llenos de lágrimas! Y al pasar el Nazareno, con su caminar acompasado y lento, detiene su mirada en el ventanuco y lo halla entreabierto. Carmen se persigna con ese fervor añejo y Jesús, tendiendo su mano, bendice sus desvelos. ¡Ay, ventanuco viejo, posada del rezo de esa Carmen, la de siempre!

Y, un poco más adelante, al pasar por su puerta, Manuel se ha santiguado; este es el primer año que no ha podido acompañarlo, que sus manos no aguantan cirio ni sus hombros encorvados el peso de su enfermedad tan inocente de pecado. Y, al pasar por su lado, reza Manuel en silencio, recordando su pasado, hoy esperanza madrugada de un próximo Viernes Santo.

Y, como un sueño, Jesús susurra estas palabras al llegar a la Cruz de Jaspe:

“Siempre contigo, pueblo mío, siempre contigo;  
en las penas y alegrías haciendo camino,  
en tus piedras centenarias, en tu aliento roto,  
en mi corazón, el tuyo, en tu promesa y voto  
la canción de un rezo y tu amor de amigo.  
Siempre conmigo, pueblo mío, siempre conmigo”.

Y, como un milagro, el eco responde:

“Penitente, son tus velas esperanza al caminar,  
paso lento, mirada ciega, pensativo y sin hablar.  
Penitente, sí hay camino; se hace camino al amar  
a Ese que va contigo, a Ese al que tú acompañarás  
cada Viernes de santo signo porque sabes que contigo va”.

Y, mientras ellos van subiendo la cuesta con la esperanza puesta en sus manos, decidme quién de vosotros, delante del Nazareno, una lágrima aventurera no ha perdido de sus ojos. Decidme quién no ha hecho una promesa con la mirada fija en su rostro. Decidme quién no ha cargado con su Cruz en algún momento doloroso. Decidme quién, delante del Nazareno, no se ha sentido pequeño ante su poder misericordioso. Decídmelo, porque yo no sabría decir quién de vosotros.

¡Ay, pies descalzos en la “madrugá”, promesas llenas de esperanza que vais puliendo con vuestros sufrimientos esas calles de fría escarcha! Pies descalzos que en esta “madrugá” consoláis con cada dolor aquellas benditas llagas porque

con un requiebro en el alma de entusiasmo  
vais labrando devociones,  
lamento del que brotan oraciones,  
a veces, ahogando un sufrimiento.  
Pero no desfallecéis y seguís  
con vuestras penas desnudas y agrietadas  
pisando promesas ahogadas  
entre suspiros que demuestran que aún vivís.  
Con un requiebro de dolores en el cuerpo,  
con vuestros pies y vuestros ojos al cielo,  
seguro que este buen Nazareno  
os empuja día a día con su aliento.  
¡Qué de promesas veo en este pueblo,  
Baena, unida ahora al calor de un rezo!

Así, entre apretados lirios y en medio de túnicas nazarenas, ya viene ese Cristo arropado por unos hermanos que con sus hombros le alientan. Pues Jesús,

caída tras caída, hacia el Calvario  
arrastra su sentencia agonizante  
bajo el peso del leño suplicante,  
que se astilla en tan duro itinerario.

Y yo, al verle emprender la marcha después de bendecir los campos, le susurro desde mi balcón estos versos, mi particular alabanza:

“¿Quién esculpió tu cara nazarena,  
ese divino rostro en cuyos ojos  
se reflejan del mundo los despojos,  
transformados ahora en paz serena?

¿Quién de sangre perló tu frente buena?  
¿Quién plasmó en tu mejilla los sonrojos?  
¿Quién cinceló tu boca sin enojos?  
¿Quién tu hombro laceró con cruz terrena?

¿Qué árbol, en tronco vuelto, fue tu cuna?  
¿Qué gubia dio expresión a tu hermosura?  
¿Qué orfebre labró tu áurea corona?

Dios eligió al hombre cuya fortuna  
está en su bendición cuando perdona  
y en nuestra devoción sincera y pura”.

Y tú, nazareno, aguanta esa cruz, desgranando tu rosario, y que el ébano de tu tristeza sea la más bella promesa que callen tus labios. Nazareno, tú, que con Él vas al Calvario.

A lo largo de la mañana, y siguiendo la tradición, se sucederán dos actos que conectan el Antiguo y el Nuevo Testamento y justifican la razón por la que Jesús debía venir al mundo. Uno lo presenciamos en la Puerta de Córdoba con la “ofrenda de los Profetas”, aquellos voceros que anunciaron la venida del Salvador y traen cumplido en sus manos el compromiso para el que Dios les eligió. El otro se desarrollará en el antiguo Coso con la escenificación del “Sermón del Paraíso” que nos recuerda el pecado original.

Pero, a medio camino, Jesús, después de abrazar por última vez a sus apóstoles, se detiene para saludar a su Madre, despedirse de María Magdalena, la Verónica y San Juan y ser prendido por una turba que, ansiosa, buscará el momento para arrebatárselo a sus hermanos. Prendimiento en el que tú, colinegro, que sueñas al latido de tu tambor, que despiertas al amor de tu cola, fundiéndote en un nazareno corazón, y que rompes el silencio de esta mañana que llora, engrandeces una tradición que yo hago mía ahora.

Hilera monocroma que alborotas  
con tu son azabache el sentimiento  
del que porta su Cruz con sufrimiento  
y con coraje en su dolor explotas.

Turba que en esta mañana abarrotas  
las calles de este pueblo somnoliento  
que despierta al compás del lucimiento  
de esas negras colas que al viento azotas.

Colinegros que vais tan nazarenos  
a prender a ese Cristo allá en el Coso  
con el orgullo impreso en la mirada,

inclinad vuestros ánimos serenos  
en señal de respeto silencioso  
y cumplid la sentencia proclamada.

Desde que salió del templo, a Jesús le siguen dos mujeres: una ya le había acompañado en su predicación y la otra tuvo el valor de aliviarle con el pañuelo en el que quedaría plasmado su Santo Rostro. A ellas yo les digo:

“¡Qué bello rostro oculta tu tristeza  
encerrándola en lágrimas ligeras,  
cual bellas mariposas plañideras  
que escapan del dolor con sutileza!

Caminas al Calvario enmudecida  
con tu pelo castaño y ondulante,  
la mirada triste y algo distante  
por un fin que agoniza en despedida”.

“Con el paño que plasma la amargura  
de aquel Hombre indefenso que luchaba  
por seguir el camino que quedaba  
hasta el Calvario, fin de su andadura,

Tú, en Baena triste peregrinas  
con su faz en tus manos temblorosas,  
despacio y con miradas lacrimosas  
por amor al Señor al que te inclinas”.

Más atrás, entre roncos quejidos que hacen latir La Muralla, San Juan recuerda las palabras de despedida de Jesús. Y yo, viéndole correr para aliviar su dolor, les digo a sus hermanos:

“Pimiento que morrón tocando vienes  
delante de San Juan la letanía,  
que de su amor es bella alegoría,  
rasgando ese dolor que dentro tienes.

Morrón de trinar ronco que detienes  
al llanto de una Madre en agonía  
cuyo calor solo es tu compañía,  
martillo de pasión sobre tus sienas.

Morrón bordado en roja sangre viva,  
penitente tambor en la mañana  
en que Cristo será crucificado,

acompaña tu marcha sensitiva  
y empuja a este discípulo apenado  
que se lamenta al toque de campana”.

“*Stabat Mater dolorosa, iuxta crucem lacrimosa, dum pendebat Filius*”. María, con este bello cántico de fondo, va desencajada tras el Hijo que verá morir. Después de haberse despedido de Él, su único consuelo son las palabras que un ángel le dedicará en la Plaza Vieja, a las que yo añado este sentido lamento:

“Con palidez extrema y ojos tiernos,  
el rubor de tu cara bien parece  
esa estrella que muere, si amanece,  
oculta tras el sol de otros infiernos.

En tus manos unidas con maternos  
abrazos de un vacío que entenece,  
de nácar un pañuelo permanece  
agarrado a temores sempiternos.

Un ángel con su canto te consuela  
del punzante dolor que oculto llevas  
entre guirnaldas blancas de pureza.

Y, al apagar su voz en la plazuela,  
cabizbaja, un triste alarido elevas,  
escape que será tu fortaleza”.

## SANTO ENTIERRO

Baena descansa un momento mientras Jesús va subiendo al Calvario y comprueba en sus carnes lo profetizado: “*Me acorralan mastines, me cerca una banda de malvados: taladrarán mis manos y mis pies*” (Sal 22 (21), 17). Y “*hacia el mediodía las tinieblas cubrieron toda la región hasta las tres de la tarde. El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por medio*” (Lc 23, 44-45) pero, como “*no se ha dado a los hombres sobre la tierra otro nombre por el cual podamos ser salvados*” (Hch 4, 12),

Niño-Dios de inocencia que en tu mano  
acaricias el mundo, omnipotente,  
bajo una Cruz que es símbolo cristiano;

Dulce Niño de amor en blanco manto  
cuyo nombre nos salva de la muerte,  
devoción dominica en Viernes Santo,

bendice a tus hermanos penitentes  
y al pueblo que te observa con ternura  
por ser tu nombre Luz de los creyentes.

Falta poco para que la Cofradía del Dulce Nombre llegue a Guadalupe, después de la tradicional “recogida de Parroquias”, y salgan a la calle los penitentes de la Vera Cruz con su apretado negro de duelo. Y, aunque sé que es la hora, me conmuevo al pensar en ese Jesús que, clavado en la Cruz, aún aguanta, aferrándose a la vida y gritando con su rota garganta que el Padre santo le alivie en estas horas tan largas. Pero he aquí la Cruz en la que se muere para vivir eternamente y, viéndola salir del templo, al recordar aquel monte eterno, imagino así su dolor:

“Una Cruz se ha escapado sigilosa,  
bajando del Calvario ensangrentada,  
para besar la espina maliciosa  
que en la sien de Jesús quedó clavada  
y dársela a María que, llorosa,  
con los ojos al cielo está callada  
mientras el Cristo expira con dulzura  
en esa aciaga tarde de locura”.

Es entonces cuando Madre e Hijo se miran por última vez, estableciéndose entre ellos un íntimo diálogo. Y yo imagino esa escena porque, desde una Cruz ensangrentada, es imposible amar más y, cuanto más muere, más ama; y, a los pies de una Cruz eterna, es imposible morir más y, cuanto más ama, más muere.

Escucha, Baena, esas últimas palabras en las que Jesús, agonizante, nos dice que muere perdonando, consolando y entregando su espíritu al Padre. Consolaos, baenenses, que lloráis al pie de una cruz, sin esperanza, porque “Todo está consumado”.

Clavado en ese leño, Cruz divina,  
con sed y con amor en tu mirada,  
bendices a María, que angustiada,  
presiente que tu aliento ya declina.

Y llamas a San Juan en repentina  
bondad para con Ella que, encerrada  
en su dolor por muerte inesperada,  
solo mira esa Cruz que la ilumina.

Santo Cristo, que mueres a la vida  
regalando tu sangre tan bendita  
a cambio del perdón por el pecado,

aviva nuestra fe fortalecida  
en el credo de que se resucita  
y expira tu Pasión crucificado.

Y, a ritmo de tambores y cornetas, ese Cristo de la Sangre es descendido de la Cruz ante una Madre que, traspasada en su dolor, va contando todas las heridas de su cuerpo. Que ya a lo lejos suena una música serena que acunando viene a esta Reina de dulzura en la mirada y de esperanza yerta. ¡Ay, romanos de angustia llenos, romanos de amargo caminar, que vuestras marchas sean fiel lamento de la Madre que mecéis y, en la negra oscuridad, estos quejidos de duelo sean la más bella oración que en vuestros hombros sostenéis! ¡Romanos de nana hermosa, romanos del “dulce meneo”, con Ella al cielo que, curiosa, hasta la luna observa con recelo los hombros en que su pena se posa, la melodía que oculta su lamento y la solemnidad de su escolta. Y, cuando la vea salir, meced, romanos, a vuestra Madre poniéndole música a mi voz, consuelo salido del alma, para no verla sufrir.

Con tus brazos abiertos al Calvario  
imploras compasión para tu Hijo,  
clavado en dos maderos, crucifijo,  
símbolo de creencia milenaria.

Con tus manos envuelves en sudario  
a Aquel que en buena hora nos bendijo,  
Señor de multitud y regocijo,  
obediencia encerrada en un Sagrario.

¡Ay, Madre de piedad engalanada,  
mujer con Hijo muerto entre los brazos,  
cicatriz la llaga que te apena

y tu corazón traspasa afilada,  
Señora con amor roto en pedazos,  
Angustia de mirada tan serena!

*“José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca” (Mt 27, 59-60).* Ese sepulcro en Baena es una bella urna de cristal custodiada por cuatro ángeles que velan su sueño. Jesús aún no ha vencido a la muerte en esta noche en la que su cuerpo se muestra más humano que nunca y los penitentes le acompañan, enmudecidos por el dolor. En sus velas aparece concentrada toda la Luz del mundo que se acaba de apagar, al igual que se apaga la vida de los que queremos.

Y yo, al recordar otras velas encendidas hace tiempo, me ahogo en este lamento al verle pasar: “Una Luz apagada en la tiniebla por el dulce rayo cual bengala divina que ilumina el firmamento. Un desamparo mortal, que al mortal hiere cuando apunta amargamente tan adentro. Una nube sigilosa que se escapa por el cielo y una estrella aventurada que pregona su tormento, como si todo fuera mentira, como si todo fuese un sueño.... nadie cuenta se ha dado de que Jesús ha muerto. Que lo llevaban con una Cruz, entre el lamento del pueblo; una Cruz colmada de pena, rota de sufrimiento.... mientras al cielo se elevaba una plegaria llena de fe y convencimiento, mientras del cielo cae una Estrella bendita para posarse en este féretro. Y ya la Luz se apagó para siempre y los truenos y las bengalas y ya no hay nubes en el cielo que lloren penas tan largas. Una Cruz se ha quedado ensangrentada por mis penas, por sus llagas, y nadie cuenta se ha dado de que ya no nos quedan lágrimas”.

Espejo que reflejas el divino  
candor de este Jesús crucificado,  
encerrando su cuerpo lacerado  
entre velones de halo mortecino.

Urna de plateado y cristalino  
amor para un Jesús amortajado  
que guardas victoriosa su legado,  
Evangelio que abre otro camino.

Sepulcro del martirio consumado,  
tumba de hipocresía y desatino,  
de aquel que se convirtió en su asesino,  
fosa del Salvador profetizado.

Y, tatuado en mi recuerdo, un negro plumero se vislumbra en la lejanía, en contraste con una blanca cola. Un grupo orgulloso le sigue, su cuadrilla, y un bastón que ruge al fúnebre son en las sombras. ¡Coliblanco en esta noche! ¡Coliblanco más que nunca! A vosotros, con cariño os digo: “Dadle a Jesús entierro con una caja a media voz; dadle a María Magdalena un redoble por canción y a San Juan, con toque lento, la corona del dolor; dadle a la Madre esos clavos, destemplando vuestro son, y dadme a mí la alegría de veros cada día con más coraje e ilusión, ¡Coliblanco de mi vida!”

Y de la Primera, porque en vosotros se instalan mis recuerdos de niña bordados en un número en la solapa, que aún en mis sueños brilla, dorado en fondo rojo como la sangre divina, que une sentimientos al calor de una cuadrilla. ¡Coliblanco de mi padre, para mí hoy de su amor reliquia!

Luceros que brilláis en este día  
de luto por la vida arrebatada  
a este Hombre que, en urna plateada,  
aquí yace según la profecía.

Estrellas que, siguiendo a María,  
trenzando vais su pena empapada  
de blanca penitencia musitada  
en redobles de triste melodía.

Coliblanco de raza y de linaje,  
de apretados liñuelos que se quejan  
al capricho del viento que los mece,

consolad a María de este ultraje  
y enterrad ese cuerpo que aparece  
entre ángeles, que dormido le dejan.

*“Era una túnica sin costuras, tejida de una sola pieza de arriba abajo” (Jn 19, 23).* Y, según la profecía, se repartieron sus ropas pero en esta noche serán sayones los que prueben suerte. ¡Tira tu dado, sayón, que anhelas la túnica sagrada, y recuerda en cada jugada el dolor que lleva impregnada pero sigue con la tradición que, en escena tan arraigada, Baena te observa callada! ¡Recoge tu dado, sayón!

Ya se acerca la bandera de San Juan y los colores de esas túnicas me trasladan a otra época, pues esta es la primera hermandad a la que pertenezco. Hoy, muchos años después, aún me conmueve verle subir Cardenal Herranz con tanta seriedad y, lo que antes callaba, ahora me gustaría pedirte, Baena: “¡Mira cómo viene, que apenas llega, arrastrando una pena que tanto le hiera! ¡Observa su luto, su dedo que apunta y su cabeza inclinada por dolor tan profundo! ¡Calma su

espera, dale consuelo, huele sus flores, en ramilletes vueltos, y fúndete en la cera de sus ardientes velones, la señal más pura de su amor sincero!” Y, antes de que mi voz se quiebre por tantos recuerdos, escucha San Juan esta oración que dormida estaba en mi alma:

“¡Qué lágrimas tan dulces y escarchadas  
tristes caen de párpados austeros  
y, rodando en círculos plañideros,  
se posan en tus pies, desalentadas!

¡Qué dolor tan intenso en tus miradas,  
llama de sentimientos verdaderos,  
y en esos ojos tímidos, sinceros,  
que claman soledades pregonadas!

San Juan, que testimonio nos dejaste  
de todo este infortunio en tu Evangelio  
como testigo fiel y hombre valiente,

acompaña a esta Madre en el sepelio  
del Maestro al que nunca abandonaste  
por ser el más amado y más paciente”.

Y, al desdibujarse la imagen de esa joven que, por tradición familiar, un día abrazó aquella bandera malva, se me hiel el alma al fúnebre son de unos tambores a los que les pido: “Enlutaos” que, vistiendo luto, por las calles de luto vais tan negros como la noche, tan serenos como la muerte, todos tan seguros del camino que pisáis. “Enlutaos” de triste caminar, no abandonéis a vuestra Magdalena cuando la veáis llorar y que sea vuestro toque el consuelo que su pena ahogue en noche de tanta soledad”. Y, al tener frente a mí a esa mujer de saya grana y mantilla enlutada, me inclino para darle este consuelo:

“Por el luto hermanados en dos filas,  
reguero de armonía compasivo  
que con su son repite colectivo  
el dolor reflejado en tus pupilas,

mudas sombras de lágrimas tranquilas  
meciendo van con su tambor altivo  
tu pecador pasado, hoy cautivo,  
de la piedad que en tu llanto destilas.

Magdalena enlutada, arrepentida,  
de triste caminar entre tambores  
fúnebres cual aullido que enloquece,

sepulta a este Jesús desvanecida  
de amor en esta noche de clamores  
que hasta el luto de ti se compadece”.

Y ya viene ahí esa Madre cerrando la comitiva del dolor. La noche acentúa aún más la tristeza a su paso y yo, mirándola con devoción, me doy cuenta de que su cara trae desfallecida, como vacías sus venas, que ya no tienen sangre de tanto dolor y espera. Y llora María su desgracia con el martirio en sus manos y la mirada rendida. ¿Por qué está desconsolada María? Sólo San Juan la tranquiliza. ¡María, María, flor de Pasión en noche de triste vigilia!

Entre tanto, la iglesia se ha cerrado para custodiar al Cristo muerto, los tambores se han callado y en la calle reina el silencio. Pero mi clamor vivo sigue al igual que, Baena, tu lamento. Únete al mío y dile a esta Madre en desaliento que deje ya de llorar, que en la soledad que lleva se refleja su belleza, Soledad.

Un clavo se ha caído entre tus dedos,  
agudo cual dolor que te enajena,  
desvanece tu sentido y cercena  
tu esperanza que está llena de miedos.

Una diadema llora dulces credos,  
esparciendo clamor de angustia y pena,  
y una corona, que tu paz condena,  
despierta tus temores y denuedos.

¡Ay, maternidad rota de amargura,  
soledad en diadema, clavo y corona,  
reliquias de tu triste desventura!

Bengalas, cual cometa que pregona,  
tu camino iluminan con mesura  
al templo donde nadie te abandona.

## ¡RESURRECCIÓN!

*“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5-6).* Amanece Baena alegre al redoble de tambores que, ansiosos, se agolpan en las puertas del templo. Pero será al toque insistente de la mujer que siempre le siguió cuando la iglesia abra sus puertas en este Domingo puntero, pariendo de su vientre la Verdad profetizada. Creed ahora, sobrecogeos, porque, como anuncia María Magdalena, Él no ha muerto.

Buscando al Señor, que resucitado  
anuncia entre los vivos el mensaje  
del retorno a la vida, antes negado,  
observas en la tumba su vendaje,  
ausente de ese cuerpo sepultado,  
y nada hallas que tu dolor ataje.  
¡Magdalena que al templo llamas fuerte,  
aclamando al vencedor de la muerte!

Y, mientras sale el Cristo escoltado por su banda de tambores y cornetas, María Magdalena pregona la Buena Nueva. Corre, Baena, tras esa mujer de bella mantilla vestida que anunciando va la Resurrección. Alégrate con Ella, con los romanos, con la turba, con el pueblo, con su Madre, porque Jesús nunca promete promesas.

Como dijo el profeta: *“¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva y proclama la salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios!” (Is, 52, 7),* porque mecido por unos roncós tambores que, cual divinos cascabeles, cantan este milagro, ya está aquí bendiciéndonos con su mano herida, llaga bendita para todo cristiano.

Cual ángel que pregonan la noticia  
que María le dio sobresaltada,  
tu ronca melodía hace justicia  
a la felicidad hoy proclamada.

Tambores que de azul teñís el cielo  
tejiendo un evangelio de esperanza,  
tocad hoy más que nunca sin recelo  
en señal de alegría y alabanza.

Y, al verte así, victorioso, omnipotente, yo te digo: “Resucitas, Jesús, cuando sales del templo con tu figura altiva, cuando los tambores estallan en confusa algarabía, cuando en silencio te rezamos sintiéndonos frágiles y humanos”. Y a ese Cristo es al que yo quiero, al que me resucita

cada día, al que recé en el lecho de mis padres, al que seguiré rezando hasta que quiera llamarme porque entonces le diré: “Llévame, Señor, al huerto en que oraste, préndeme contigo en aquella Almedina, déjame ser tu cirineo y ayudarte a morir al pie de esa Cruz tan llena de vida”.

Pero la mañana pasa y solo la Virgen queda en el templo. Al verla salir, pienso: “¿Habrá nombre más dominico para una Madre en Baena que Rosario?” Cada una de sus cuentas, del jardín rosa bendita, sumando va tus dolores pasados, hoy metamorfosis de alegría. Que de rojo vienes, Señora, no de negro Calvario, con tu mirada serena y esa dulce voz que al pueblo confiesa que Jesús ha resucitado y ahí va, triunfante, con una bandera blanca, símbolo de fe y vida nueva. Canta conmigo, Baena:

“¡Alégrate, Gloriosa del Rosario  
bendito que en tu mano florece,  
cual lucero brillante que engrandece  
el cielo del que fue originario!

Bendícenos, Señora victoriosa,  
de tan alegre rostro y vivo manto,  
librándonos del mal y del quebranto,  
tú, del Rosario Virgen más hermosa”.

Al atardecer, Baena adquiere otro matiz, acentuándose en los rostros de muchos de nosotros la tristeza por las despedidas. Baena guardará sus tambores, las imágenes volverán a sus lugares de culto, cada cual seguirá con su rutina y a mí, antes de apagar mi voz, Baena, me gustaría decirte: “Duerme, pueblo mío, duerme, que no te alcancen la rama del verde olivo, la cuerda que ató sus manos, la Cruz que acarició su cuerpo ni la urna en la que fue sepultado. Duerme, y que no te despierte nadie; que se seque ese huerto, escenario de tanto amor; que la Almedina apague los faroles de sus nobles murallas, que la Cruz de Jaspe vuelva sus brazos al campo y la antigua iglesia dominica silencie sus centenarias campanas. Duerme, que yo te acuno mientras tu vida descansa en esos páramos infinitos, eternas galerías del alma, y que no te despierte nadie de este sueño bendito”.

Sueño en el que también duermen ellos, mis padres, a los que les quiero dedicar mi último aliento:

“En esas dos butacas solitarias  
todo lo que amé, hoy ya sepultado,  
está presente en mí con su legado,  
lecciones de bondad extraordinarias.

Y, aunque no son las muertes arbitrarias  
sino por Dios final planificado,  
mi ser echa de menos un pasado,  
nostalgia de caricias necesarias.

A ellos, que me acunaban si lloraba,  
que mi mano con fuerza sujetaron  
y siempre me apoyaron si dudaba;

a ellos, que con dulzura me educaron,  
padres cuya alegría yo adoraba,  
les dedico el amor que pregonaron".